

Tras la línea

El edificio ineluctable

Sergio González Rodríguez

Era una silueta extraña y cada mañana me saludaba a través del velo que, a modo de cortina en la ventana, separaba el mundo del reposo del mundo real. Un rascacielos de forma dispar.

Acostumbrado a lo rectilíneo de los edificios altos de la Ciudad de México, la Torre Velasca de Milán entraba en mi despertar, con sólo abrir los ojos, como una extracción de las metrópolis imaginarias de mi infancia, entrevistas en las historietas fantásticas y, más tarde, potenciadas en la revista *Heavy Metal* y la gráfica de Enki Bilal, Moebius o Milo Manara.

Construido entre 1956 y 1958, de cien metros de altura con el último tercio más ancho que su base y el resto, ejemplo de arquitectura “brutalista” por ser de hormigón crudo, trama externa de rectángulos y acabados naturales, tal edificio me parecía una instalación insólita en medio de una urbe de círculos concéntricos y paisaje que armoniza lo antiguo con lo moderno.

De la Residencia de Estudiantes Santa Sofía me hallaba a diez minutos a pie de la plaza del Duomo y su impresionante catedral gótica, cuya primera piedra fue colocada en 1386, y en la que hallé el arquetipo que modelaría Gaudí para la Sagrada Familia de Barcelona y su esplendor de paraboloides hiperbólicas, hiperboloides, helicoides y conoides con desenlace puntiagudo con líneas tangenciales que cavan el vacío para incorporarlo a la creación. Un festejo concertado de sombras y fantasmas.

Por la tarde tenía que ofrecer una conferencia en un auditorio del espléndido complejo de la Triennale di Milano pero, por la mañana, pude caminar por el centro de la capital de Lombardía, que expone al paseante su ordenada y elegante pro-

puesta urbana: en el barrio se observan lo mismo tiendas de ropa o de servicios que cafeterías, restaurantes, librerías, oficinas, viviendas diversas. Y autos, motonetas, autobuses y tranvías ultramodernos y de la primera mitad del siglo XX. Un tiempo tan simultáneo como grato.

En la librería Ancora me topé con un libro y su título me atrajo: *Il fantasma e il desiderio* de Giulio Giorello. Pensé en una frase que escribí años atrás: “los libros, como las mujeres y los tranvías, llegan ineluctablemente a ti”. Allí estaba el mismo tema que me ocupa desde tiempo atrás, esta vez visto desde una perspectiva distinta. Giorello es un profesor de filosofía de la ciencia en Milán, matemático y adepto de la encrucijada entre la razón y la libertad. Para este académico los “espectros, los fantasmas y los espíritus no son más que creaturas de un deseo perpetuamente insatisfecho”. Debido a la imposibilidad que tenemos de dejar de desear, al final no somos nosotros quienes damos vida a los fantasmas, sino que estos son quienes nos dan vida.

Hombre de fe laica, el ejemplo que usa Giorello para explicar esto es el conocido fragmento del evangelio de san Juan en el que la Virgen María reencuentra resurrecto a su hijo Jesús al visitar la cripta donde fue enterrado. Y comenta: “Es el placer de construir un mundo de imaginaciones (y este término reclama exactamente imágenes) y de fantasía (palabra emparentada con fantasma) no por el deseo que todo esto sea realidad, sino porque de nuevo no queremos privarnos del deseo de desear”.

Para demostrar su tesis, Giorello acude a la historia de la literatura y establece que hay espectros crueles y oscuros, que serían los de tipo libertino, y otros liberta-

rios, es decir, de tipo inconforme. El libro de Giorello incluye, además de capítulos en torno de la credulidad, la incredulidad, la transferencia del deseo, las pasiones del autor por las matemáticas y la lógica, el enamoramiento hacia una no entidad, un ensayo sobre las célebres afirmaciones de Baruch Spinoza acerca de los fantasmas, a los que reduce a invenciones, fantasías y cuentos de viejas.

El admirable celo racional del académico milanés me hace recordar la proclividad de quienes proyectan al pasado su propia mentalidad ultracontemporánea para imponerla a lo que existió antes. Se trata de un giro de progresismo un tanto decimonónico que, en lo epistemológico, deja mucho que desear y, en lo político, es una imposición inaceptable, como lo ha puesto en evidencia Paul Feyerabend en su obra *Filosofía natural*, ya que aquella se trata de una postura anacrónica y fatua que supone la superioridad de la mentalidad actual, pues los testimonios de las culturas anteriores encierran conceptos de la realidad tan dependientes de teoría y fuerza eficaz como los nuestros, y cuyas cualidades sólo pueden evaluarse de acuerdo con criterios internos.

Mientras caminaba en los alrededores del Duomo de Milán en compañía de una de las anfitrionas del Festival Diritti Umani en el que yo participaba, no dejaba de voltear al cielo para tratar de ubicar la Torre Velasca, llamada así en memoria del gobernador castellano Juan Fernández de Velasco y Tovar del siglo XVII. Quizá la forma de seta del edificio provino de que sus arquitectos Ernesto Nathan Rogers y Enrico Peressutti quisieron emplazar en la zona devastada por los bombardeos aliados en 1943 un emblema compensatorio: un

hongo-imitación del icono de la bomba atómica. Un exorcismo de concreto coronado de antenas de telecomunicaciones. Un fantasma surtidor de fantasmas.

Esta asociación de ideas no sólo es simbólica ni azarosa: el filósofo Günther Anders escribió durante los mismos años en *La obsolescencia del hombre* que la radio y la televisión son productores de fantasmas, y ocasionan una ambigüedad ontológica, ya que sus imágenes y señales están presentes y lejanas al mismo tiempo. Forman un estatuto-fuente de copias que trazan, aparte de matrices de experiencia, la (des)encarnación del mundo mismo.

El ruido de las ruedas de los tranvías me devolvía a la línea tranviaria de la Ciudad de México que unía Mixcoac con el Centro hasta la calle de Palma y atravesaba Extremadura, Félix Cuevas, avenida Coyoacán, y seguía por Insurgentes a partir de la entonces glorieta de Chilpancingo (que logró registrar Rubén Gámez en su cinta *La fórmula secreta*), desde donde entraban a la altura de la colonia Juárez hacia la Ciudadela y la calle de Ayuntamiento.

Mi acompañante, una profesora italomexicana, se intrigó al saber mi interés

en el tema de los fantasmas, y me relató una historia que me emocionó: días atrás, ella había vuelto de México, después de haber sentido un impulso incontenible de ir. Se encontró con su madre, que la recibió muy contenta de verla. Durante varios días convivieron como siempre y, de pronto, la señora falleció. Ella convocó a su hija desde la distancia sólo para morir en su cercanía. Mi anfitriona supo que el fantasma de su madre siempre estuvo con ella en Italia, donde se casó y tuvo un hijo y una hija. El fantasma vivo de su madre le dio fuerza para enfrentar otro mundo, otra lengua, otras circunstancias.

Desde luego, la historia referida nada tiene que ver con los espectros libertinos ni libertarios del académico citado, sino del principio vital que representamos en el mundo y en muchos casos unos para los otros. Se trata de los “hilos secretos que nos unen”, como he apuntado también en alguna parte.

Eva Tabakian ha escrito que la ruptura entre las ideas de Sigmund Freud y las de Jacques Lacan se da por el tema del deseo y el fantasma: “la despedida definitiva vendrá en la primera clase del seminario

(1966-1967) de *La lógica del fantasma* en la que Lacan sustituye la fórmula spinoziana del *deseo es la esencia del hombre* por *el deseo es la esencia de la realidad* por considerar que la primera es deudora de un sistema teológico (oposición hombre-dios) que el psicoanálisis no puede sostener” (http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/Spinoza-Lacan_0_715728447.html).

El tránsito de la esencialidad del hombre hacia lo que reconocemos como realidad fue reformulada en su turno por Gilles Deleuze, que en sus últimas aportaciones filosóficas asocia la vida con la inmanencia: el vitalismo sería acto sin esencia y potencia sin acción (contemplación, beatitud de inspiración spinoziana, cfr., *¿Qué es la filosofía?*).

Allí estoy, frente a una taza de inigualable café espresso en la proximidad de la Scala y converso de fantasmas vivos con mi amiga, la académica, quien me instruye sobre la historia de Milán y, durante la plática, recuerdo que justo horas atrás, mientras el avión que me llevó allá atravesaba el Atlántico, leía la parte de *Las confesiones* de san Agustín cuando vivió en Milán, y donde culminó su conversión al cristianismo en el año 385 bautizado por san Ambrosio, patrón de la ciudad italiana.

Tenía mucho tiempo de haber dejado la lectura de *Las confesiones*, pero en el iPad siempre me acompañan ese y otros libros. El viaje a Milán me condujo también a Bolonia, que disputa con París ser la universidad más antigua, y la sensación de viajar en el tiempo se robusteció, pero la rapidez de estos trayectos convierten al instante en humo las piedras, en relámpago las luces y en polvo enamorado a las personas, como es obvio.

Las semanas siguientes, ya en casa, soñé las voces, los trenes, los aromas y el sabor de la comida, el vino y la cerveza del norte de Italia. La embriaguez de todo aquello tarda mucho en convertirse en memoria pura. En un intento frágil de prolongar tal vértigo, busqué días después la lectura interrumpida de san Agustín, y me encontré con lo siguiente, la interrumpí en un párrafo que dice: “y yo mismo me admiré de ver que te amaba a ti y no ya a un fantasma”... Lo ineluctable: espectros. **U**



Torre Velasca, Milán